

ROMANCE DE LA NIÑA INOCENTE

*No me la mostreis vestida  
que yo la miré desnuda.  
Su propia piel le ceñía  
veste a su propia hermosura.  
Y era de armiño su cuello  
que en red de venas se azula.  
Y era el sostén de sus senos  
su sola forma alta y dura.  
Y para el seno por joyas  
los corales de sus puntas.  
Y el blanco raso del torso  
bajando hasta la negrura  
del terciopelo que al sexo  
a un tiempo exhibe y oculta.  
Y eran sus piernas de seda.  
Y eran sus plantas menudas.  
—Tan menudas que en mi mano  
cupieron una por una—.  
Zapatos de Cenicienta,  
cómo brillaban sus uñas.*

*No me la mostreis vestida  
que yo la tuve desnuda.*

SOLO

I

*Solo como el silencio de una vasta llanura  
por donde nadie pasa. Como el reflejo rojo  
que después de la lumbre postrera y ya en la noche,  
por un raro espejismo tiembla aún en el pozo.  
Solo como el misántropo a quien le mata el frío  
del invierno su perro. Como aquel hombre sordo  
que entra en las catedrales y creyéndose a solas  
comienza de rodillas su ruego silencioso,  
en tanto que se escuchan sonoramente bellas  
y unánimes, las voces del órgano y los coros.  
Solo como yo mismo. Y yo no se de nadie  
que como yo en el mundo haya estado tan solo.*

*Hoy me he quedado solo. Humanamente solo.*

## II

*Se poblarán mañana los desolados muros  
de esta mansión antigua que vio crecer la infancia.  
Un andar apremiante de urgidas ambiciones  
despertará del ocio las severas estancias,  
cuya quietud mortuoria vigilan los retratos  
que hasta ayer presidieron las íntimas veladas.  
Será labranza el bosque de los loados pinos  
donde corrieron niños y se sombrearon canas.  
Máquinas de modernos engranajes ruidosos  
ocuparán los viejos pesebres y las cuadras  
de los caballos raudos y los ganados lentos  
que llegaron un día de las Islas Británicas.  
Reflejará la acequia molinos y turbinas,  
y el agua que fue nube será espuma mecánica.  
—La acequia soledosa cuya sola presencia  
hizo más puro el cielo e hizo más dulce el agua—.*

*Era la vida entonces un tiempo relativo  
medido por los nombres sin rumbo y sin distancia.*

*Era la vida un nombre sobre todos los nombres  
y lo acalló la muerte. La muerte: una hora exacta.  
El tiempo es ya el recuerdo de ese nombre perdido.  
El tiempo es hoy la fuga de los trenes que pasan.  
También ayer pasaban, pero algo me traían  
los trenes en la noche filiar que inauguraban  
la llegada del coche por los amplios jardines  
y mi brazo al encuentro de la madre enlutada,  
si al octollante ritmo de la trotal pareja  
resonando en el patio de lozas centenarias,  
entre un aullar de fieles mastines expectantes  
acudían los siervos, y con ellos las lámparas.  
Era la vida entonces un tiempo relativo  
medido por un nombre sin rumbo y sin distancia.  
Era la vida un nombre y el alma en ese nombre  
cuando llegó la muerte. La muerte: una hora exacta.*

*Por sentirme más solo con el alma y el nombre,  
abro con manos lentas la familiar ventana  
que da sobre los bosques de pinos familiares,  
y azul está la noche, siniestramente clara.*

*La noche azul. La noche. Y un tren que llega y parte.  
Por sentirme más solo le digo adiós al alma.  
La noche azul. La noche. Y un tren que va a lo lejos.  
El tiempo es ya la fuga de los trenes que pasan.  
¿Qué hora será en el mundo?*

*El viejo jardinero  
por el jardín en ruinas cruzó como un fantasma.*

*Yo se que hay un retrato que me ve desde el muro,  
muerto al ayer ya ido, vivo en la luz del óleo.  
Apenas si es la estampa de un hombre en el momento  
de mirarse a sí mismo y encontrarse en lo hondo  
que lo superfluo esconde y en lo trivial se oculta  
si es único el talante y el gesto único y propio.*

*Un retrato sin arte, tal vez. —Vana academia.  
Perfección sin sentido para el labio en esbozo—.  
Fiel y súbito trance de un momento en la vida,  
por perpetuar la fuga del momento en el rostro.*

*De un lado la alta seda del sombrero se funde  
con la sombra en la sombra —tal un Rembrandt—. Del otro  
la copa en larga curva y en breve curva el ala  
cortan el gris austero que dignifica el fondo.  
Traza sobre la frente su tácito argumento  
la vertical arruga del seño adusto y fosco.  
La nariz longilínea y el mentón insinuante.  
La oreja interminada y a un solo rasgo el pómulo.  
Y la boca. La boca. La boca era el orgullo  
y el desdén: solo el gesto. Y el gesto lo era todo.*

*Al errabundo viento de aquella madrugada  
el cuello del abrigo se alzaba caviloso.  
—¿Bajo el ala sombría del nocturno sombrero,  
al salir de aquel baile, cómo eran los ojos?—*

*Igual que en esta noche de inhóspites estrellas  
también bajo esa aurora discurrió el hombre solo.  
Tenía la frecuencia de la mujer y el vino.  
En su boca juntábase a los vinos el ostro  
de los besos. Las cenas. Las cálidas vigiliás.  
Y en los besos el tedio, y el hastío en los mostos.  
O un ambular a solas con la présaga noche  
y encontrar el presagio de la noche en el lodo.  
Y las albas inútiles. Y la útil sentencia:  
todo perder se puede; todo, menos el ocio.  
—Las mujeres caían como frutas malditas  
de sus almas suspensas a su sexo en rescoldo,  
y el día sorprendiolas al pie de su recuerdo  
avivando en sus labios la ceniza del gozo.  
Sus ojos se quedaron, sobre el mundo, marchitos,  
como cuelgan las uvas que sobran en agosto—.*

*Y el retrato me mira. Me mira desde el tiempo,  
muerto al ayer ya ido, vivo en la luz del óleo.  
La noche pesa menos que el día entre mis manos  
y al retrato me acerco, lo limito y lo toco.  
Parece que el retrato me dijera en la sombra:  
fue al alborear de un baile por el año veintiocho.  
Yo pienso en el momento del labio, en el instante  
taciturno del ceño y el lapso de los ojos.*

*La vida sonreía tristemente en la boca,  
pero el labio era joven. Y hoy la traición del rostro.  
Y este resto de alma que aún me queda del cuerpo,  
preguntando a la vida por el amor y el oro.  
Y amor, esa palabra baldía entre el tumulto  
de nombres que poblaron los labios orgullosos.  
De nombres de mujeres inscritas para el sueño  
por el mentido rimmel y el fementido rojo.  
Y aquella niña... Un día... —Tan cercana... Tan lejos—  
Era íntegra ella su melena de oro  
y la perdí a la noche: me la ganó un hermano.  
Yo se la di sin lágrimas —era el menor de todos—  
y le enseñé que el oro solo es para perderlo,  
y la perdimos ambos como se pierde el oro.  
Y el retrato me mira. Me mira desde el muro.  
Desde el solemne muro, sobre el diván tedioso.  
Parece que el retrato me dijera en la sombra:  
ella estuvo esa noche mirándome a los ojos.  
Y yo pienso alargando la mano en el vacío:  
mañana este retrato cómo estará de solo.*

*Aún se abre la ventana sobre el jardín nocturno.  
Lejos hay una urbe donde ríen los otros.  
Del canto de la alondra cae a mi oído el alba  
y hace el lecho más frío la soledad del hombro.  
—Las albas son apenas prematuros ocasos—.*

*Y hay un ciprés al fondo.*

#### PAISAJE

*CERRADAS las pupilas al paisaje,  
vago por mi interior naturaleza,  
y hallo un otro paisaje en la tristeza  
de no gozar la exactitud del viaje.*

*Se que hay un cielo azul y hay un paraje  
que cruza un río azul en su simpleza.  
Y álzase en mí, recóndita la alteza  
de este risco interior que es mi paisaje.*

*Sombra, silencio, soledad y cumbre:  
yo, y nada más. Y el alma en su descenso  
llevando hasta el abismo su vislumbre*

*que fue cima y fue amor. Y entonces pienso,  
que si tan hondo descendió la cumbre,  
cuán alto estuvo el corazón suspenso.*

#### ERAMOS TRES LOS CABALLEROS

*Parce que tout rêve  
réalicé deçoit le rêveur,  
et parce que la vie  
toujours se venge de ceux  
qui ont osé lui préférer  
un idéal.*

Claude Farrère.

*ERAMOS tres los caballeros. Uno  
amaba el juego y la mujer. El otro  
amaba la mujer y amaba el vino.  
Yo amaba el vino, la mujer y el juego.*

*Ibamos por garitos y tabernas  
jugando las sortijas  
después de haber jugado las monedas.  
Y en los amaneceres albuerosos,  
dejábamos al pie de la ruleta  
la última sonrisa  
y la última gema.*

*—Sobre el jardín en flor de las barajas  
inventaba el zafiro una alba nueva—.  
Bebíamos en copas repulidas  
viejos vinos de rica procedencia,  
o en los cálices rojos de las bocas  
de las mujeres bellas,  
vino de rojas uvas maduradas  
al beso ardiente y la sensual promesa.*

*—Mujeres que una noche nos amaron  
e hicieron más amarga nuestra pena—.*

*Eramos tres los caballeros. Uno,  
jugador sin sortija y sin monedas,  
se jugará la vida alguna noche  
al dado con la trágica tahuresa.  
Como fue su querer vivir de gala  
en el vaivén de las mundanas fiestas,  
a cambio de la flor luce en su traje  
un estigma letal de adormideras,*

*Y bebe en el festín imaginario,  
en la copa del día,  
vino de albas siniestras.*

*El otro en un vagar hacia los vicios  
y en busca de un licor que no ha existido  
ni existirá jamás sobre la tierra,  
llegó hasta el Monte de Piedad.*

*Un día*

*vertió en la copa su dolor, y plena  
la copa de amargura, moribundo,  
brindó por la bohemia.*

*Eramos tres los caballeros. Nadie  
comprenderá en el mundo esa tristeza  
que efluvia el fondo de las copas rotas  
en que bebieron labios de doncellas,  
ni el resignado hastío  
que el grave azul de la sortija lleva.*

*—Eramos tres los caballeros... Nadie  
comprenderá jamás nuestra tristeza—.*

#### LA NIÑA DE LAS NARANJAS

*MUCHACHITA de la aldea,  
flor de la villa cercana,  
llevas la noche en los ojos  
y el sol reluce en tu cara.  
Yo ayer me encontré contigo  
cuando cruzabas la plaza,  
y vi en tus manos tus senos  
al ofrecirme naranjas.  
Te pregunté si eras de alguien,  
tú no me dijiste nada,  
y te besé en los dos ojos  
por si tu boca abrasaba.  
—Alas de sombra cruzaron  
sobre tus ojos en agua.  
El niño Amor, atrevido,  
oprimía las naranjas—.  
Vente a mi casa, te dije  
porque tus ojos lloraban.  
Mi caballo sabe bien  
llevar mujeres al anca.*

*—La chiquilla de la aldea,  
hecha de sol y naranjas,  
jugando a no despertarme  
me despertó esta mañana—.*

## LELIA

*DULCE Lelia imposible... Suave Lelia lejana.  
La tarde está conmigo lo mismo que una hermana  
convaleciente y triste que me tendiera el brazo  
para vagar soñando por el jardín. Aún tarde.  
El rojo sol que incendia de rosas el ocaso.  
Es la hora en que al bosque llegábamos. Acaso  
también tú estás conmigo difundida en la tarde.*

*Vibran los saucedales donde la leve brisa  
deja un sutil murmullo de músicas eolias.  
Dijérase que vuelve la visión imprecisa  
de doncellas cansadas que evocó tu sonrisa:  
fugaces Massimilias, Violantes y Anatolias.*

*Al ritmo de tu angustia yo idealicé mis días.  
Nadie sabrá el encanto que hallé mientras sufrías.  
—Más larga es la caricia si ante el dolor absorto  
el hado nos acecha... y el beso es menos corto—.*

*Dulce Lelia imposible... Suave Lelia lejana.  
Es la hora en que el bosque dejábamos. No arde  
ya el sol entre la hoguera de rosas del poniente.*

*Dulce Lelia imposible... Suave Lelia doliente  
Tal vez eres la estrella que floreció en la tarde.*

## BUSQUEDA Y HALLAZGO DE LA MUERTE

*BUSQUELA un día, erguido sobre el lomo  
de los caballos de la infancia y luego  
la fui buscando por el verde cromo*

*de los campos de sport templado al fuego  
y al ardor del peligro en la sentencia  
de Federico Nietzsche. El raudo juego*

*de ocho jinetes era la conciencia  
de saber a la muerte galopando  
al anca de la hípica experiencia.*

*Y la busqué también —ya no se cuando—  
sobre un campo letal de adormideras,  
y jamás otro lecho fue más blanco.*

*Y ella huyó desflorando las praderas  
del sueño con sus manos funerales,  
trazando largos círculos de ojeras.*

*Y otra vez la busqué, y en los carnales  
paraísos sin límite a los goces,  
multipliqué la fruta de los males*

para el frío apetito de sus hoces.  
Y ella segó la castidad de un grito  
puro entre el coro de sexuales voces.

—Sobre la piedra triste, un nombre escrito  
graba el secreto que selló el instante,  
y aún resuena en mis noches aquel grito—.

Y todavía le ofrecí constante,  
—oh mi locura juvenil y alterna—  
sórdido lecho y camarín galante.

—El siniestro arrabal, bajo la eterna  
superstición de Santa Fe, veía  
por el ojo abismal de su cisterna.

O al retorno del baile, el nuevo día  
con la muerte a mi brazo trasnochada,  
siempre me halló... Pero la muerte huía—.

Ya no será la juventud el hada  
que al recinto de Tánatos regresa  
con la frente de sombras coronada.

Ni ya en mi lecho la hallaré, con esa  
laxitud tan ingrave para el sueño  
que hasta la luz de la mirada pesa.

—Lecho de amplia molicie que el empeño  
de juntar a la muerte y a la amante,  
tallar hizo de un dúplice diseño—.

La luna de la lámpara menguante,  
extraño efecto de la luz, convierte  
su albor nocturno en sombra de cuadrante

sobre la mesa familiar que advierte  
con su ausencia de amor ante la lumbre,  
que espera la llegada de la muerte.

Pátina ociosa y corrosiva herrumbre,  
agua muerta del tiempo evaporada  
clepsidra fue de prístina costumbre.

Símbolo del minuto y de la nada,  
mueve el péndulo un viento solitario  
que llega hasta la casa abandonada.

La aguja detenida del horario,  
marca tal vez en el reloj suspenso  
la hora de mi propio aniversario.

Ulula el viento en el jardín, y pienso  
si aquella muerte joven que buscaba,  
no habrá muerto también bajo el intenso

*frío que el ala de la noche clava,  
como la aguja del horario quieta,  
que ayer no más la juventud marcaba.*

*Pulido polvo entre el cristal concreta  
la cosecha del tiempo que en las trojes  
fúnebres de las tumbas no respeta*

*ni caobas, ni ébanos, ni bojes.*

*Agua... Péndulo... Sombra... El esqueleto  
—polvo helado— congela los relojes.*

*Desde el muro responde como un reto,  
con su mirar que es voz de su presencia,  
un retrato verídico y escueto.*

*Esa mirada viene de la ausencia  
de otra mirada idéntica, y delata  
su fatal y dramática videncia,*

*mientras el labio juvenil retrata  
un rictus fiel de anticipado hastío,  
y aún no argentan la sien hilos de plata.*

*Todo está como siempre y todo es mío,  
pero en la estancia tutelar hay algo  
que ante el fuego paréceme más frío.*

*Inquiero en mi interior... Escucho... Salgo.  
Nada. Solo la sombra de mí mismo,  
y a mi lado el silencio como un galgo.*

*Acaricio indolente mi mutismo,  
y antes de que la lumbre se confunda  
con la luz que vendrá, mido el abismo*

*que me invade a la vez que me circunda,  
como una muerte viva que naciera  
de otra muerte anterior y más profunda.*

*Una como luctuosa primavera  
imagino crecer, alta y sombría.  
Mas la ilusión apenas es la espera*

*de otra aridez igual a la que había  
y en la que el alma con el humo sube  
de nada ya y azul. Y aún es. Y es mía.*

*Yo que fértil y pródiga la tuve.  
Ya nada más que el ánima en el humo,  
como del agua el río hacia la nube.*

*Y en la conciente soledad presumo  
que solo habrá para mi muerte vana  
malsana flor de envenenado zumo.*

*Lento andar fugitivo la mañana  
no anuncia ya, ni sigilosa mano  
le abre al día que acecha en la ventana.*

*La rubia amiga al resplandor lontano  
peinaba su cabello y confundía  
el cabello y el sol bajo su mano.*

*Entre tanto y en medio de la orgía,  
cuántas soltaban su sensual cabello  
sobre el que al alba mi pasión dormía.*

*Rubios cuántos, o negros, al destello  
de la aurora brillaron en mi hombro.  
Y cuál no se de todos fue más bello.*

*Pero una sola iluminó mi asombro  
con sus blondas guedejas ignoradas  
con rubia amiga de ayer que nunca nombro.*

*Nocturnos al placer y madrugadas  
que destiñeron labios y mejillas.  
Aureos bailes y trémulas veladas.*

*Vano sol de la gloria que no brillas  
sino un instante efímero: marchito  
miras caer las hojas amarillas*

*entre tu propio resplandor y al grito  
de alguna ave agorera que en mi predio  
le anticipa mi muerte al infinito.*

*Mas la muerte reintégrase, y en medio  
de mí mismo se instala, y su quimera  
de volver a vivir prolonga el tedio.*

*Nada más es la muerte, y nunca fuera  
otra cosa distinta del cansancio,  
si como a mí tal forma se le diera.*

*Ella está aquí en la llama, y en el rancio  
—llama también— espíritu del vino  
que entre la copa solitaria escancio.*

*La muerte hace y deshace mi camino  
de la alcoba a la estancia donde el fuego  
consume el leño de aromoso pino*

*que a la llama voraz yo mismo entrego,  
por inmolar un nombre ceceante  
que hoja fue de algún bosque y llama luego.*

*Y ante el fuego del leño crepitante,  
con el nombre en la lengua de la llama,  
resucita la muerte a cada instante.*

*Ningún amor la muerte me reclama,  
ni otro amor le demando que el olvido  
de todo lo que existe y lo que se ama.*

*El nombre por la llama consumido.  
El cuerpo en otras manos olvidado.  
Nada al imperio de la muerte pido.*

*Ni aquel recuerdo rubio que a mi lado  
escuchaba crecer como una espiga  
cuando era el dulce nombre pronunciado.*

*—Hojas, tallo, corola, no la diga  
más en su voz la ráfaga nocturna  
que viene a mí desde la rubia amiga—.*

*Ni aún la ceniza póstuma en la urna  
diluída del viento que traía  
el nombre hasta la muerte taciturna.*

*Nada más que la muerte y la alegría  
de saberse al final reincorporada.  
Nada más que la muerte todavía.*

*Nacida con la vida y relegada,  
la misma vida que nació con ella  
a su postrer principio la traslada.*

*Hallar al fin la luz ya sin la estrella  
Callar a solas el vocablo mudo.  
Y un rictus pertinaz los labios sella.*

*Ser como es el amor que ser no pudo  
solo un halo de amor, casto reflejo:  
poder impunemente estar desnudo.*

*Un antiguo dolor y un vino viejo  
mezclados en la copa silenciosa.  
Ya no encontrar el rostro en el espejo.*

*Nunca, amiga, la muerte fue otra cosa.*